

CHIN, CHIN

Después de acostar a los niños y contarles un cuento, me di cuenta que no había cenado por lo que me preparé un pescado a la plancha. Después de cenar, serían las once y media, me acordé de que no había planchado el uniforme de Martita, ni la bata del colegio de Marco, así que no me quedó más remedio que, con la naranja a medio pelar, ir a buscar la plancha que guardo en el trastero del garaje. Allí me di cuenta que las luces de mi coche lucían con poca intensidad y un presentimiento frío me recorrió la espina dorsal. Había acertado: casi estaba sin batería. Pero claro, no quería pedir ayuda a mi cónyuge, pues lo de la violencia de género no lo ve tan mal, la paridad no la quiere entender y además es más fuerte que yo y me puede. Así es que tuve que componérmelas para, con unas pinzas, pasar energía de la batería del coche de mi pareja al mío. Después, subí al cuarto de estar y... y, como no se puede estar en la procesión y repicando, me había dejado olvidada la plancha encima del capó del auto. Bajé a buscarla. Mientras planchaba me puse un cuarteto de cuerda de Haydn en el tocadiscos. Un pitido, no del equipo de música sino del teléfono móvil que se había quedado exangüe, me distrajo. Y hala, vete a buscar el cargador que estaba en el dormitorio de matrimonio. De vuelta por el pasillo, con la luz apagada para no despertar a nadie, un "craccc" debajo de mi zapatilla hizo que mirase al suelo. No era una nuez, no, no, ni mucho menos, sino una enorme cantidad de fichas de la arquitectura que Martita y Marco habían dejado esparcidas antes

de irse a la cama. Después de recoger todas cuidadosamente y meterlas en la caja, Tobi, que estaba acostado sobre la alfombra del salón, me miró suplicante y comenzó a lloriquear. Sin duda lo que me estaba pidiendo era que le pusiese la correa para sacarlo a mear. Así es que venga, a ponerme ropa de abrigo para salir por la avenida con el perro que a dos por tres levantaba la pata para echar sus "gotitas de Chanel". Y gota a gota, y yo sin gota de paciencia, sin olvidarse de ninguna esquina, comenzamos el regreso a casa. Nada más abrir la puerta, parece ser por la emoción de estar de nuevo en el cálido hogar, Tobi comenzó a ladrar. Acto seguido, escuché refunfuñar a mi pareja: "*¡Qué hará a estas horas! ¡Qué paciencia!*". Con esas palabras de música de fondo, escuché los lloros de Marcó. Mi hijo me aclamaba desconsolado: "*Acuéstate conmigo*". "*He oído ladrar a Tobi y tengo miedo. A lo mejor ha entrado un caco en casa*". Entré en la habitación de mi hijo a consolarlo. Le conté el cuento de pulgarcito para que cogiese el sueño, pero como ese cuento a mi hombrecito ya había dejado de gustarle, tuve que cambiar de personaje. Parece mentira que en treinta y pico años de diferencia de edad con mis hijos, pulgarcito haya sido destronado por personajes monstruosos que parecen llegar de otras galaxias, con ojos rojos, orejas puntiagudas y largas, manos con dedos que emiten lucecitas,... Pero, bueno, ¡qué le vamos a hacer! –pensé. Cuando se quedó dormido, volví al salón. ¡Leches! Ya no sé qué hora sería cuando terminé de planchar, porque aproveché para vaciar un cesto lleno hasta los topes de ropa seca. Mi agenda de trabajo me tiene todo el día con el agua al cuello. Vendo libros de cocina por las mañanas, limpio un banco, cuido a un enfermo paralítico hasta las seis de la tarde, y además, atiendo mi casa y la de mi madre y la de mi suegro.

Esa noche había puesto la agenda casi al día, no del todo, porque no tuve valor de sacar la ropa de la lavadora que pedía ser liberada a través del ojo de buey. Así es que me planté y dije: ¡Vale! Y me senté, sin más. Luego, abrí una botella de coñac Martell X.O. que sólo servía de adorno tras la cristalera de un armario del salón y empecé de nuevo con el cuartero de Haydn pues no me había llegado al oído ni una sola nota musical. Ya en el primer sorbo del licor, descubrí el significado de "redondez en la boca" que hablan los entendidos. Sus toques de flores blancas, de frutas maduras de final de verano. Los ligeros apuntes de roble le daban una textura aterciopelada. Miré el reloj, eran las tres y cuarto de la mañana. Pensé que, teniendo que levantarme antes de las siete para preparar los desayunos, podía dedicarme al coñac el resto de noche. Mientras bebía sorbos de aquel excelente licor con 40º de graduación alcohólica, recordé que se acababa el plazo de un concurso de relatos. Siempre se me había dado bien la escritura, desde niño. ¿Por qué no iba a hacerlo? El alcohol empezaba a animarme. Saqué del armario otra copa. Cogí una en cada mano y brindé: *Chin, chin, por mí.* Me bebí las dos. Y luego, otras dos.

Y esto que está leyendo, paciente lector, es lo que escribí a partir de las tres y cuarto de la noche con la ayuda del Martell XO. Ahora sólo queda que este brindis me dé buena suerte en el concurso y que le pueda demostrar a mi mujer lo que valgo.

RODRIGO.